

PABLO MACERA Y ENRIQUE CASANTO

## **El poder libre asháninca: Juan Santos Atahualpa y su hijo Josecito**

Fondo Editorial de la Universidad de San Martín de Porres. Lima, 2009,  
268 pp., con 90 láminas a color

El libro *El poder libre asháninca: Juan Santos Atahualpa y su hijo Josecito* (trabajado en forma conjunta por el historiador Pablo Macera y el pintor y narrador asháninca Enrique Casanto Shingari (natural de Puerto Bermúdez, Cerro de Pasco), siguiendo el viejo método griego del diálogo mayéutico y el de la reminiscencia, es una reconstrucción narrativa e iconológica de la memoria histórica de las aventuras y desventuras de los guerreros ashánincas, teniendo como referentes centrales a las rebeliones lideradas por Juan Santos Atahualpa (el inca amazónico del siglo XVIII) y de su heredero José Santos Márquez, conocido como Josecito. Después de más de doscientos años estas comunidades siguen rememorando estas historias.

Para Luis Arista, los puntos centrales que estructuran el libro son: las tradiciones ashánincas recopiladas por Casanto; la conversación dialógica entre historiador y artista; el testimonio pictórico e iconográfico que ilustra lo narrado (103 pinturas y 83 iconografías), y la conceptualización teórica del proceso que realiza Macera en tanto historiador preocupado por la vigencia y consolidación de la cultura popular. Fruto del cotejo entre cosmovisión asháninca y visión histórica

tenemos este hermoso libro bilingüe, producto del encuentro dialógico entre el mundo simbólico del interlocutor asháninca y el mundo conceptual del historiador que indaga.

Tiene tres grandes partes: la primera, sobre el estudio histórico que sitúa el escenario geopolítico de las rebeliones matrices de los ashánincas; la segunda, se refiere a las tradiciones ashánincas (debidamente ilustradas); y la tercera, acerca de los mapas que grafican los viajes políticos de emancipación y unificación que realiza en casi toda la selva central de Perú, Juan Santos Atahualpa, y, después, su hijo Josecito. Ambos otorgaron a los ashánincas un saber y un poder para resistir y defender su libertad, trasuntando la muerte de ambos, durando hasta mediados del siglo XIX en que comienzan las colonizaciones republicanas (*Expreso*, 19-04-09).

Pablo Macera hace el estudio histórico y Enrique Casanto narra e ilustra (pinta) las tradiciones ashánincas, quien es, además, autor de la versión en lengua nativa. El objetivo de este libro, según los autores, es hacer conocer las tradiciones ashánincas sobre su propia historia de luchas en defensa de su cultura, de su territorio, de toda su existencia.

Tres han sido las fuentes principales de información obtenidas por Casanto: 1) memorias familiares diversas, 2) entrevistas, y 3) festividades. Hay indicios de que existe un texto confidencial que todavía custodian algunos familiares ashánincas. Macera agrupa el conjunto de esta información en cuatro secciones:

- Guerreros mitológicos/históricos.
- Genealogía heroica (Juan Santos/Josecito).
- Acciones de Juan Santos: guerra/gobierno/prédica religiosa.
- Acción de Josecito: Gobierno/prédica religiosa.

Del total de guerreros, Macera seleccionó 135, de ellos sólo ha trabajado 70 considerando su origen, cualidades o conversiones, la relación con otros guerreros y el fin de los mismos. La sección 2 está ilustrada con 10 cuadros genealógicos de Juan Santos Atahualpa y Josecito. Sobre la tercera sección, las acciones de Juan Santos están relacionadas con varios grupos étnicos: piro, nomatsiguengas, matsiguengas, amahuacas, yaminaguas, amarakaires, etc. Esto implica un territorio que compromete a no menos de cinco de los actuales departamentos del Perú: Cusco, Junín, Apurímac, Madre de Dios y Ucayali. Los viajes de Josecito como los de Juan Santos Atahualpa están ilustrados en mapas (pp. 44 y 47).

La publicación de este libro invita a debatir algunos problemas de la realidad peruana. Algunos de ellos se derivan de los siguientes textos:

«El Perú de hoy posee un sistema lingüístico no tanto en estado de subordinación (Cornejo Polar) cuanto más bien en estado de insubordinación: ni la Sierra con sus principales idiomas (quechua, aymara) ni la región amazónica con sus 42 lenguas están ya dispuestas a tolerar la hegemonía cultural del idioma español. Hasta el punto que bien podríamos hablar no de una cultura peruana sino de una intercultura peruana (Enrique Ballón)», p. 50. La presencia de la lengua asháninca es un mérito indiscutible del libro; sin embargo, en un país multicultural con muchos idiomas es un gran problema no haber logrado la unidad dentro de la diversidad y más aún si consideramos que en el Perú hay idiomas no hegemónicos que ya desaparecieron y otros que están en proceso de extinción.

«En conexión con esta confrontación lingüística debemos consignar la distinción hecha por Marta Zambrano y Cristóbal Gnecco entre memoria e historia: Memoria es aquello que los grupos colectivos recuerdan mientras que la historia dice lo que se debe recordar para lo cual intenta modificar y domesticar la memoria social. Desde este punto de vista, según la misma autora, la escritura es un vehículo de la memoria hegemónica y una tecnología del poder. De allí que Cristóbal Gnecco haya definido a la historia como una domesticación política de la memoria social por parte de los grupos socialmente hegemónicos. Por eso este libro no pretende convertir en Historia convencional a la memoria asháninca», (p. 50). Sobre esta

cita algunas inquietudes: a) ¿Cuánto de la versión de Enrique Casanto es historia, mitología, leyenda, imaginación, racionalización...? b) ¿Necesariamente memoria e historia tienen que estar separadas, más si consideramos a esta última como ciencia social? c) Es una entrada para ilustrar la polémica entre modernidad y posmodernidad cuando trata el tema de los meta y pequeños relatos o del rol que juega el lenguaje en ambos conceptos. d) El problema de la historia oficial y la historia real, etc.

Quizás lo más sorprendente y actual de estos recuerdos ashánincas sea

la reiterada presencia pentecostal con un mensaje de salvación y esperanza. «La tesis del francés Marcel Bataillon sostiene que fue el descubrimiento de América lo que reavivó las ideas pentecostales del fin del mundo sembradas por sacerdotes franciscanos. Había una necesidad social de creer en un final y en un mejor inicio» (Pablo Macera en *Caretas*, 21-05-09). Invita al debate entre ciencia y religión y al control social de esta última.

Lima, mayo 2009  
HONORIO PINTO H.